

**1**

**DIMENSION  
HUMANA  
DEL  
PROBLEMA**



# EL AMAZACOTAMIENTO

---

Texto: **Francisco Candel**

Fotos: **Maspons + Ubiña**

---

Desde luego, los barrios de barracas, en la ciudad de Barcelona, han surgido donde han podido, generalmente en las zonas que los constructores de esta mínima expresión de vivienda —esto es, sus mismos ocupantes— creyeron que era tierra de nadie: hondonadas, torrenteras, picos de monte, empinadas laderas, orillas de cloacas, bordes de barrancos..., esos lugares que no tenían valor alguno porque en realidad eran solares —valga la expresión— escasamente aprovechables. Pero los grupos de viviendas tipo colmena, pese a estar condicionadas a un urbanismo dirigido, digámoslo así, y en algunas ocasiones con la leve diferencia de que los terrenos estaban más valorados, han seguido idénticos derroteros. Los bloques de pisos siguen levantándose en los sitios más inverosímiles, sin orden ni concierto ni una aparente urbanización preconcebida. El resultado es una geografía ciudadana deformada, contrahecha, abigarrada y, sobre todo, amazacotada, distinta por completo a ese enrejado o cuadrículado que es buena parte de Barcelona en su centro. Primero surgen las viviendas y la urbanización viene después. Las consecuencias son unos reductos que forzosamente tienen que entrañar el vivir de espaldas a la ciudad, la exclusión del núcleo ciudadano.

En realidad, el hombre casa quiere, y el hombre humilde donde sea y como sea. Las perentorias necesidades obligan a admitirlo todo. Casi no se puede ir con elecciones. Y al final, como uno pide tan poco, acabas dando gracias —a Dios, al destino, a la suerte, a quien te recomendó— por la casa que —luego de ímprobos esfuerzos— acabas por adquirir.

De todos modos, y en el extrarradio, lo primero que notas en las construcciones de nueva clase es el abigarramiento. El abigarramiento y al amazacotamiento. En las zonas residenciales, y que por este motivo y a pesar de ser extremas nadie llama suburbanas, esto no se da. Máxime se puede dar el abigarramiento, pero el amazacotamiento me parece que no. Todo son pisos lujosos, de la más moderna planta, con grandes ventanales, mucha luz, mucho cristal, amplias terrazas, porterías con jardinillos, parterres en sus aceras... Aunque haya mezcolanza de estilos a veces muy mal combinados, existe un esplendor que atempera y palía el posible abigarramiento. Además, la urbanización viene en seguida, o llegó antes, y surgen inmediatamente amplias calles asfaltadas, cuidados jardines, parques infantiles, abundante iluminación, el monumento. Aunque aquello no sea la ciudad en sí, da lo mismo, pues es su superación.

En las zonas estrictamente suburbanas el amazacotamiento está a la orden del día. Los bloques de viviendas crecen donde pueden, anárquicamente, en el rincón más inverosímil y que parecía menos aprovechable. Así ves edificios de pisos encima mismo de una vía de tren; y otros ahogando antiguas edificaciones cochambrosas; pegados a las fábricas; en las marismas, etcétera. Pero siempre tan juntos unos de otros que la mayoría de veces no guardan esas mínimas distancias que supongo tendrían que exigir unas leyes de urbanización.

De todos modos ha llegado un momento en que ya no importa la estética —la antiestética— de estos abigarramientos, pero sí sus desagradables y múltiples consecuencias.

En primer lugar, lo que de inmediato se observa es que todas estas zonas, la mayoría de ellas, parecen zonas mixtas. En ellas se aglomeran los habitáculos y las empresas industriales. Yo recuerdo que hace unos años se decía que Casa Antúnez sólo sería distrito industrial y que encontrar terrenos para edificar viviendas era imposible. No ha sido así, y en medio de todo menos mal. Pero hoy hay allí un batiburrillo impresionante de casas y fábricas. El resultado es un aire irrespirable, un polvillo negro en el ambiente —unos días más, otros menos— que llega a agrisar la ropa puesta a tender por más emblanquecida con «Omo» que esté. Tal

fenómeno se calibra enormemente, y por contraste, los domingos en que, debido al asueto, la atmósfera se disipa, alcanzándose a ver entonces, en una diafanidad sorprendente, la lejanía. No hablemos ya de según la industria que te toque al lado, unas veces porque es la vivienda la que se edifica junto a la fábrica y otras porque es la fábrica la que levantan a la vera de tu vivienda. El resultado, por lo general, es ruido ensordecedor, o humo, o bien olores irritantes, según. En los barrios lujosos, qué casualidad, tales industrias nunca florecen. ¿Es que no somos todos iguales?

Como siempre, y de estas cosas, metiendo la pata o no, pues doctores tiene la Iglesia y, en este caso, arquitectos y urbanistas o urbanizadores, no acabaríamos de hablar. Las experiencias son tantas que acuden en tropel a la punta del bolígrafo y no sabes por dónde empezar. Dejemos, por ello, a un lado el discernimiento sobre viviendas hechas por organismos oficiales y por empresas privadas, lo económicamente caras que resultan las primeras y lo caramente económicas de las segundas, la pobreza descubierta de unas y la pobreza disimulada de las otras, y sigamos, sin embargo, con esas causas que nos alejan de las ventajas de la ciudad y que no nos proporcionan —a estas alturas es ya imposible— ninguna de las ventajillas de este campo que desaparece. Porque en estos momentos las zonas suburbanas, y a este respecto, no son ni carne ni pescado, pero sí más pescado que carne.

Como se ha dicho antes, primero surgen los barrios, los bloques, los núcleos, y la urbanización viene —si viene— después. Por lo menos así lo parece. A veces, al ir a edificar, ya se sabe que por allí —¿cuándo?— pasará una calle. Y las casas que brotan forman la tal calle o por lo menos trozos de ella. Transcurren los años —los años— y aquello continúa sin asfaltar o adoquinar, con unos fragmentos de bordillo, sin acabar de transformarse en calle, siendo sólo un feto de calle, convertido en barrizal en invierno, camino polvoriento en verano y vertedero público de basuras las cuatro estaciones del año. Por si faltara poco, incluso se da el caso de barrios surgidos de pronto —todo lo pronto que una más o menos precipitada construcción supone— que no constan en los mapas o guías, y esto no solamente el año de su inauguración, sino el siguiente y el otro. Y lo más increíble: no se les advierte, para que los coloquen inmediatamente en sus planos, a los bomberos, al 091 y a los servicios de urgencia. Una vez estuvimos dirigiendo por teléfono a un médico de dicho servicio que se vio y se deseó para encontrar el lugar, porque aquello aún no estaba en ningún plano marcado.

Las calles de estas nuevas barriadas son llenadas, muchas veces, por un provisional pavimentado a base de arena, gravilla y un poco de cemento en espera del asfaltado verdadero que tendrán que pagar, si les conviene, el vecindario, porque a estas alturas ya todos somos propietarios y, por ello, contribuyentes. Pero esta pavimentación de tapadillo en seguida se la lleva el agua de lluvia y las calles quedan como descarnadas, igual que un pedregal, con abundancia de baches. Incluso se dan anécdotas más chocantes, como ocurre en la calle nuestra, que por no estar dada de alta, digámoslo así, sólo pasan los basureros, pero no los barrenderos públicos. Estos cruzan de largo, riéndose y contestando a las mujeres que les increpan que, para ellos, aquella calle no consta. En cuanto a lo que se refiere al alumbrado público ocurre tres cuartos de lo mismo: o lo pagamos los vecinos o nada. Y por ello muchas calles quedan eternamente a oscuras, o sin pavimentar y sin barrer, porque los vecinos no sabemos hacer unos trámites o porque pensamos, hartos de tanto lío como el haber adquirido un piso supone, que qué más da.

Cabe señalar, siguiendo con esta mal llamada urbanización, el levantamiento de bloques de viviendas en lugares donde creías que ya no era posible, como es entre edificaciones de distinta construcción. Volvemos a repetir que no es que nos duela el que aquello rompa una uniformidad y una estética, sino solamente puntualizar el parentesco que se entabla entre fachada y fachada, de tal modo que abres tu ventana y te encuentras con las narices del vecino de enfrente. Siempre hay que ir corriendo persianas y visillos, especialmente en los dormitorios, para que no vean tus intimidades. Esto se da también demasiado frecuentemente entre las construcciones de un mismo tipo. La escasez de te-

rreno obliga a ello, claro, pero no insinúa si los arquitectos, exprimiendo el magín, y con combinaciones de ángulos, escorzos y desniveles, es un decir, no podrían poner algún remedio. Supongo que no sé lo que me digo. Pero esto se me ocurre a raíz de haber visto «maquetas» o diseños en revistas y haber observado una arquitectura al servicio del medio ambiente: clima, luz, costumbres, peculiar forma de vida...

De lo que más adolecen las viviendas de los suburbios dirigidos, nacidas con relativa rapidez por necesidades perentorias, es de una falta de intimidad absoluta. Se está en ellas como desnudo. Todo lo ves y todo lo oyes. Todos te ven y todos te oyen. Las radios, las televisiones, el taconeado de los zapatos. En el silencio de la noche, hasta los interruptores de la luz del vecino del piso de arriba oyes perfectamente. No digamos las cadenas del water, el agua de la ducha, los ronquidos de los que duermen, las toses del enfermo, etc. Las peleas y gritos familiares son indisimulables. Se diría que por los precios pagados por esas casas, cien mil pesetas como mínimo, no es posible poner un ladrillo más, menos cualquier recurso aislante. ¡Dónde iríamos a parar! A los constructores sólo les interesa vender sus pisos, y los arquitectos, como gente supeditada, sólo deben estar para lo que manden, ¿no?

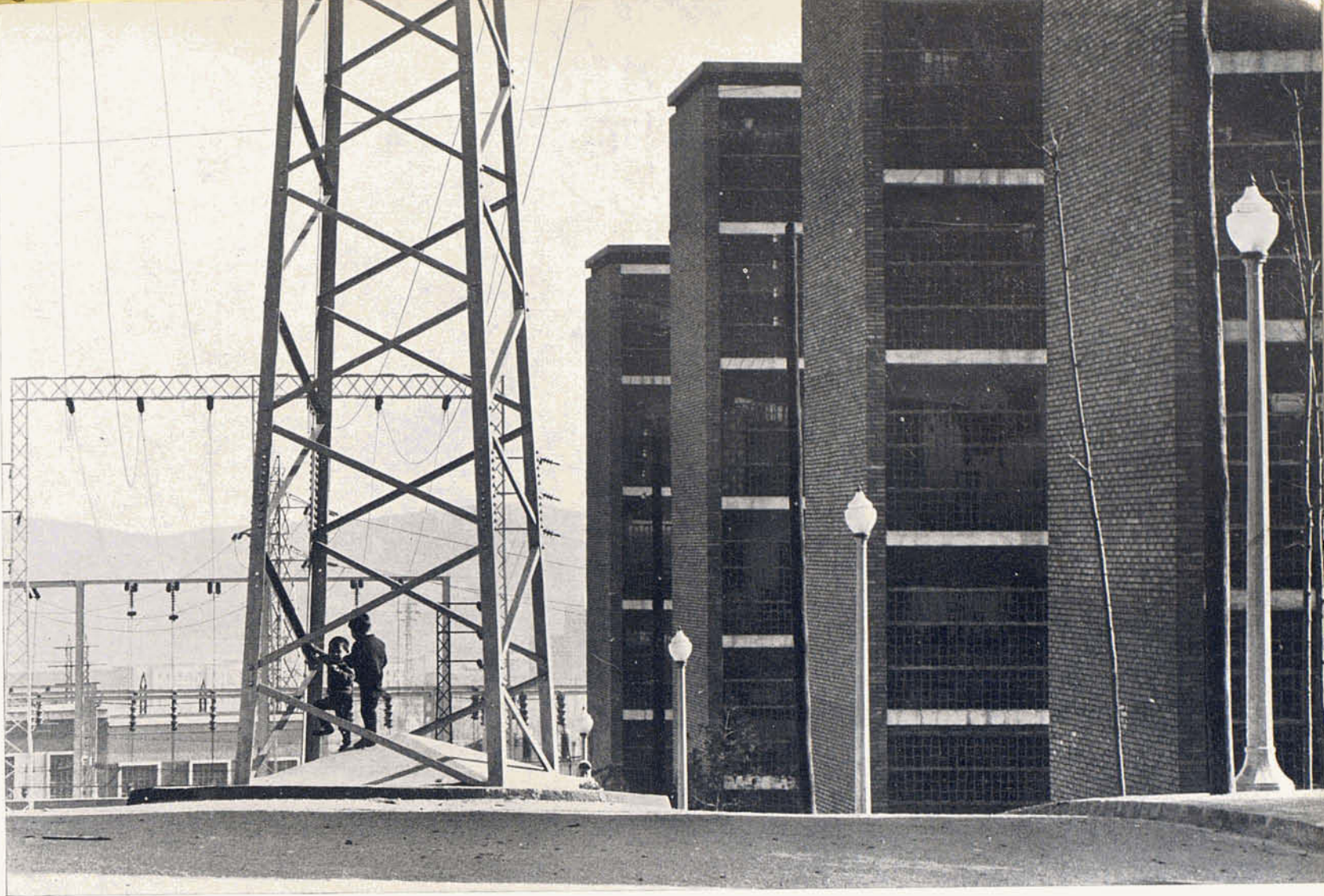
Como hoy se tiende a que estas nuevas edificaciones sean de propiedad particular y no de alquileres eternos, se confía en que el propietario subsanará todas las deficiencias que encuentre, desde un embaldosado feo a unas puertas que no encajan pasando por unas paredes onduladas y unos techos agrietados. En estas viviendas, cada día tienes algo que arreglar. Probablemente esto hace que le tomes más cariño a esta casa pachucha y delicada a la que hay que tratar con exquisiteces de enfermo. Algunos, luego de ímprobos esfuerzos, suporan la mezquindad de su construcción y llegan a hacer aquello bastante íntimo y habitable. De todos modos, uno piensa que toda esta construcción moderna suburbial habrá que verla dentro de veinte años.

Estos pegotes de casas surgidas incluso en las laderas montañosas, en campos hasta hace poco silvestres o conreados, en vaguadas y en otros múltiples rincones, ha dado origen a una geografía laberíntica y extraña que plantea un verdadero problema a los medios de comunicación ciudadana. Los transportes urbanos acostumbran a llegar, o, mejor dicho, a no llegar a la mayoría de estos vericuetos y las paradas de vehículos quedan lejos y a trasmano, convirtiéndose, algunas barriadas, en verdaderas ciudadelas distantes. Claro que quienes se fastidian son los habitantes de las ciudadelas, no los vehículos; bueno, las compañías que tienen esos vehículos, queremos decir.

Sin embargo, y cortando, pues podríamos estar hablando de estas cosas un año, al habitante de estas zonas, lo que más le preocupa, o molesta, o indigna, es el darse cuenta de lo olvidados que están por quienes rigen los destinos de la ciudad. Se dan cuenta de que ellos no pintan nada, de que no se les consulta para nada. Y esto lo repiten constantemente ante las muchas anomalías que en los distritos se dan. «Claro, como que no somos nadie... Si ellos vivieran aquí... No te preocupes, no, que donde viven los ricos esto no pasa...».

Se refieren a estas calles sin pavimentar que se eternizan, a esos hoyos que nunca se tapan, a ese alumbrado que nunca llega, a ese descuido municipal para que se cumplan ciertas leyes cívicas como son no tirar basuras en la calle ni maltratar plantas ni edificios, a la falta de escuelas y centros sanitarios, a ser los eternos vertederos de la ciudad, etcétera, etcétera, etcétera, y aquí sí que mil veces esa palabreja. Estos honrados ciudadanos bien se dan cuenta de jardines que se inauguran en las partes bellas de la ciudad, de reformas en plazas centrales que no estaban mal como estaban, de... ¿para qué citar más?

Nos damos cuenta de que no tenemos capacidad de síntesis y de que nos desbordamos. Por ello, y aunque cortamos aquí, quedan más cosas por exponer, algunas ramificación de lo expuesto y otras que no han sido ni insinuadas. Uno siempre está dispuesto a mostrarlas, a explicarlas, a discutir las con todas aquellas personas de buena voluntad que no solamente dicen que quieren hacer algo por su hermano el hombre, sino que, además, lo hacen.



La Trinidad Nueva. Foto 1: Los viales aquí se entorpecen con la intromisión de elementos de distorsión. (Calle Playa de Aro)  
Foto 2: . . . "Primero surgen los barrios, los bloques, los núcleos, y la urbanización viene -si viene- después" . . . (Calle Tamarú, bloques del Ayuntamiento)





... "Transcurren los años -los años- y aquello continúa sin asfaltar o adoquinar, con unos fragmentos de bordillo, sin acabar de transformarse en calle, siendo sólo un feto de calle, convertido en barrizal en invierno, camino polvoriento en verano y vertedero público de basuras las cuatro estaciones del año."...

Foto 1: Entrada a la calle Tamarit.

Foto 2: Barranco que separa los bloques del Ayuntamiento de los del Instituto Nacional de la Vivienda. En primer término, la escuela municipal "San Jorge".

